

**Sociedad,
cultura y literatura**

Carlos Arcos Cabrera, compilador

Sociedad, cultura y literatura



FLACSO
ECUADOR



Ministerio
de Cultura

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-207-5

Cuidado de la edición: Bolívar Lucio y Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2009

1ª. edición: junio 2009

Índice

Presentación	9
Introducción	11
PARTE I	
Martins Pena e o dilema de uma sensibilidade popular numa sociedade escravista	43
Antonio Herculano Lopes	
Humberto Salvador y la entrada de Sigmund Freud en las letras ecuatorianas	55
Fernando Balseca	
El problema de la subjetividad en <i>Autorretrato de memoria</i> de Gonzalo Millán	73
Biviana Hernández	
Cuerpo, sensualidad y erotismo: espacio de resistencia desde el cual las narradoras centroamericanas impugnan los mandatos simbólico-culturales	89
Consuelo Meza Márquez	
Diferenças culturais e dilemas da representação	105
Diana I. Klinger	

Opiniones cruzadas sobre veinte años de narcotráfico en Colombia	121
Gabriela Pólit Dueñas	
Entre un tapete persa, un Cadillac y Walden. <i>Las Hojas Muertas</i> de Bárbara Jacobs	135
Hélène Ratner Zaragoza	
“Caracas, ciudad multicultural de los noventa en las novelas: <i>La Última Cena</i> de Stefanía Mosca (1957) y <i>Trance</i> de Isabel González (1963)”	151
Laura Febres de Ayala	
<i>Hasta no verte Jesús mío</i> (1969) de Elena Poniatowska: ¿testimonio o Literatura contestataria?	169
María Miele de Guerra	
Dimensões sensíveis da brasilidade modernista; eboços de uma genealogia literária	179
Mônica Pimenta Velloso	
Desde la sumisión a la rebeldía: El deseo de sujeto femenino y su negación como estrategia de subversión en la obra de María Carolina Geel	193
Pamela Baeza Acevedo	
Cinco imágenes, un ensayo y su propia refutación	211
Ramiro Noriega Fernández	
Letras judaicas americanas: diálogo norte/sur en las autobiografías de Ariel Dorfman e Ilan Stavans	229
Rodrigo Cánovas	
Reordenando el margen discursivo de la violencia. <i>Los Santos Malandros</i> : una nueva representación simbólica/medial en Venezuela	243
Dariuska González	

La construcción del sujeto cultural en el discurso y metadiscurso poético y visual mapuche 255
Sonia Betancour

El modelo mito-poético del mundo en la cultura quechua durante el Tahuantín Suyu 271
Ileana Almeida

Estrategias del discurso artístico mapuche como proyecto de autonomía estético-cultural 283
Mabel García Barrera

Traducción y literatura chicana: ¿cuán efectiva puede ser la adaptación? 303
Judith Hernández

PARTE 2

Cine, performatividad y resistencia. Apuntes para la crítica del documental indigenista en Ecuador 321
Christian León

Modernismo brasileiro e mídias audiovisuais: antropofagia globalizada 337
Sonia Cristina Lino

¿Recuerdas Juan?: el rastro del olvido en una película de J. Carlos Rulfo 351
Sua Dabeida Baquero

Energúmenos, best-sellers y cintas de vídeo: mal y subdesarrollo en El exorcista y Satanás 365
Emilio José Gallardo Saborido

PARTE 3

<i>Entre la ira y la esperanza:</i> una escritura y lectura desde la interdisciplinariedad	385
Michael Handelsman	
La polémica periodística y la formación de la inteligencia en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX	399
Germán Alexander Porras Vanegas	
Tradição e Modernidade no Brasil Rural de Maria Isaura Pereira de Queiroz	409
Aline Marinho Lopes	
El barroco y la modernidad latinoamericana. Una lectura a la obra de Bolívar Echeverría	421
Gustavo Morello	
Pensamento crítico latino-americano e os projetos de sociedade na visão dos uruguaios Rodó e Vaz Ferreira e do peruano Mariátegui	437
Sonia Ranincheski	
Sociología, literatura e fome: um retrato da intolerância	453
Tânia Elias Magno da Silva	

Entre un Tapete Persa, un Cadillac y Walden. *Las Hojas Muertas* de Bárbara Jacobs

Hélène Ratner Zaragoza*

“[...] Esta es la historia de papá, papá de todos nosotros” (1987: 9). Así comienza la primera novela de la autora mexicana Barbara Jacobs, *Las hojas muertas*.

La historia de Papá y su familia nos llegará desde la perspectiva y el vocabulario de los hijos, tal y como ellos, “los niños” (pues no existe otra identificación) la entienden. Sus ojos inocentes describen la vida de su familia en México, al tiempo que intentan armonizar el presente y el pasado de Papá. A través de una combinación de voces, recorrerán junto al lector diversos lugares como New York, Moscú y España durante la Guerra Civil, así como diversas experiencias como la boda de Papá, la relación con sus padres de origen libanés, su vida en pareja, casado y con hijos; hasta su descenso gradual. Los niños, es decir los hijos de papá y mamá; nos cuentan la historia según su perspectiva y de acuerdo a lo que otros familiares van revelando, especialmente a lo que les contó su mama.

En líneas generales, se puede afirmar que la historia presenta importantes rasgos autobiográficos. La familia de la autora, de hecho, era de ascendencia libanesa (como la de Papá), de madre mexicana y padre neoyorquino. Emile Jacobs, su padre, fue a la URSS como un futuro periodista y confirmado comunista, regresó a los Estados Unidos, se unió a los voluntarios de la Brigada Española de Abraham Lincoln en la Guerra

* Universidad Metropolitana.

Civil Española, luchó con el ejército estadounidense en la Segunda Guerra Mundial y, debido a su pensamiento radical, se mudó a México.

Inclusive, la presencia del padre se hace obvia durante la novela, pues cada capítulo comienza con una cita en inglés atribuida a Emile Jacobs. Acaso esto sea un tributo ficcionalizado, conmovedor y doloroso a su padre fallecido. Finalmente, cabe señalar que la autora, en una entrevista para “The Virtual Writing University” de la Universidad de Iowa en enero de 1993, describe cómo ella y sus hermanos intentaron juntar las piezas de la historia familiar oyendo conversaciones de los adultos y mirando algunas fotos. Será esta íntima relación entre la vida real y la ficcional la que le dé ese tono candoroso e ingenuo de la narración infantil, para, poco a poco y en la medida que “los niños” van madurando, impregnar la narración de un tono más íntimo y conmovedor, hasta llegar al final cuando Papá, al igual que las hojas, muere: “Papá te necesitamos, Papá te queremos, Papá te extrañamos...” (1989: 157).

Pero esta novela es más que la historia de Papá, Emile Jacobs; es también la historia de tres personajes femeninos involucrados en su vida: la mamá de Papá, Mamá Salinas, su esposa, nombrada “mamá” con “m” minúscula, y, brevemente, tía Sara. A ellas, dedicaremos el presente estudio.

A diferencia de la realidad cultural en la que las mujeres libanesas se han visto sumergidas y sin llegar a desarrollar roles protagónicos, las mujeres ficcionales de Jacobs muestran una especial fuerza e iniciativa y, en el caso de muchas de la segunda generación, la capacidad de adquirir una educación superior y profesional distinta a la concebida inicialmente para ellas, a saber la dedicación casi exclusiva a los negocios familiares. Ocupación que, como sabemos, han sido tradicionalmente el eje de los primeros inmigrantes libaneses en América. Por ejemplo, la tía Sara, a pesar de que sabemos poco de su educación formal, fue traductora. Poco a poco los personajes femeninos se nos presentan como mujeres que, aunque al margen, realmente influenciaron profundamente a sus familias en nuevos entornos. Sin embargo, deslindar sus vidas de la de Papá es imposible. Por ello, para explicarlas a ellas, tendremos necesariamente que mostrarlo a él.

Con toques de humor y una fina percepción literaria, la autora nos cuenta la vida de Papá, este idealista desencantado quien

[...] compró un viejo Ford usado y lo llené de libros y cacerolas y tapetes persas...y...empezó a dirigirse hacia la frontera y hacia la nueva vida que iba a empezar aún sin pasaporte y con los bolsillos de pantalón vacíos y así se alejaba de su país y el paisaje de su país y sus costumbres y sus cosas se iban quedando atrás y papá avanzaba y miraba hacia delante detrás del parabrisas y quién sabe qué tarareara por sus adentros en esos momentos porque papá nunca ha sido musical. (Jacobs: 112)

Mamá y algunos de los niños ya estaban en Ciudad de México, listos para comenzar sus vidas nuevas. Lo que papá hizo entonces es lo que sus padres y miles de libaneses habían hecho antes que él: emigró a nuevos horizontes. La inmigración libanesa a los Estados Unidos no está claramente documentada, principalmente debido a que desde 1516 hasta 1916 el Líbano moderno fue parte de la Gran Siria y no fue hasta los años 20 del siglo pasado cuando se convirtió en protectorado francés; más aún: no será un país independiente hasta 1957, fecha a partir de la cual Siria y el Líbano pudieron separarse con suficiente claridad para aclarar los registros migratorios. La inmigración en gran escala ya había comenzado en 1865, luego de los conflictos entre musulmanes. La mayoría de personas que dejó Siria para irse a los Estados Unidos eran cristianos y se asentaron en Nueva York, Michigan e incluso en Carolina del Sur y Utah¹. En realidad, entre finales de 1870 y la Primera Guerra Mundial, el Líbano perdió más de un cuarto de su población debido a la inmigración, principalmente a las Américas.

La mayoría de los libaneses partían con tristeza o a regañadientes y, a pesar del éxito económico en sus nuevos países, con frecuencia estaban nostálgicos. La poetisa y escritora de historias Elma Abinader recuenta los celos de su padre cuando, después de años de vivir en Pensilvania, visitaba el Líbano.

1 Ver: (www.saintrafika.net/LebaneseHistorySC.html)

Perhaps he should have stayed in Lebanon, but it seemed then that all the men from Jean's generation were leaving for the Americas, many to Brazil and Bolivia, others to Detroit and Cleveland, and some to western Pennsylvania, where Jean and his family moved from coal town to from village setting up a dry-goods business. In America, Jean sold clothes from the back of a truck, off the seats of cars, out of a small rented corner shop, until finally he bought his own store in Carmichaels where he sold socks to miners' wives. (Abinader, 1991: 13).

Los libaneses, tanto hombres como mujeres, con frecuencia se conocían como vendedores ambulantes que iban de puerta en puerta vendiendo necesidades pequeñas para la gente en áreas rurales, incluso mercadeando productos agrícolas. Algunos, como la familia de Abinader, se asentaron en Pensilvania y aproximadamente tres millones viven ahora en California, New York y Michigan. Mamá (es decir la mamá de Papá) y su esposo Rachid siguieron este patrón y llegaron a New York; pero cuando ella fue abandonada por Rashid, llevó a su familia a Michigan.

Muchos inmigrantes libaneses consideraron Suramérica y Centroamérica el primer paso en ganar la entrada a los Estados Unidos y comenzaron el viaje a Brasil, Argentina y México. Muchos decidieron asentarse permanentemente en esos países. La inmigración del Líbano hacia México empezó a finales del siglo XIX, alcanzando su pico en los años 20 y 30. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, los inmigrantes del medio oriente se asentaron en México y, a pesar de varios intentos gubernamentales de crear una sociedad monolítica, los inmigrantes del medio oriente tendieron a mantener la mayoría de su herencia étnica, incluso habiendo obtenido la nacionalidad mexicana. Era probable respecto de este tiempo que los familiares de Mamá vinieran a México, ya que se habían establecido en México cuando su mamá vino a Nueva York en 1939 para arreglar el matrimonio de su hija. Su familia aparentemente tuvo éxito financiero, ya que las hijas vivían con ellos por un tiempo indeterminado y ayudaron a papá tan pronto como llegaron a la frontera Estados Unidos-México.

De acuerdo con Theresa Alfaro-Velcamp, los libaneses adquirieron "mexicanidad" mientras conservaron su "libanesidad", ayudando así a promover el multiculturalismo en México "[...] the Mexican populace has

come to reflect the diversity of immigrants in a multicultural society in which there are many ways of being Mexican” (2006: 279).

Aunque la mayoría de los emigrantes libaneses eran familias u hombres que precedían a sus esposas e hijos, a menudo las mujeres libaneses inmigraban solas o con sus niños, dejando atrás a sus esposos. Contrario a muchos estereotipos equivocados, estas mujeres no eran ni débiles ni indefensas. Al contrario, según Evelyn Shakir Bamia (2000) en “Blint Arab: Arab and Arab American Women in the United States”, a pesar de que crecieron en una sociedad patriarcal, una vez solas, con frecuencia descubrieron su propio potencial para desarrollarse, encontraban trabajo e incluso comenzaban sus propios negocios. Mamá Salimas, la madre de papá, es un ejemplo de este tipo de mujer independiente.

La novela está dividida en tres partes. En el primer capítulo, “Edgar Allan Poe, el Cadillac y la casa”, los niños describen la familia norteamericana de papá. Ellos prefieren permanecer juntos con sus costumbres y prejuicios, determinados a conservar su identidad maronita libanesa. Por ello no aceptarían al “Otro”.

Por ejemplo, la familia está desilusionada cuando el hermano de papá, Tío Gustav, en vez de casarse con su novia “paisana”, se casó con Mildred, quien no solo es gorda y no se peina y bebe, sino que es protestante. La hermana Marie Louise, o Tía Lou-ma, “llevaba (sic) cuatro matrimonios y siempre y siempre enviudaba”. “El primer esposo de tía Lou-ma había sido hijo de libaneses emigrados y por lo tanto era paisano. En cambio Mildred, la esposa de tío Gustav, no era paisana y a Mamá Salima esto le molestaba.” (Jacobs, 1987:11 y12).

Otro ejemplo revelado por los niños (aunque ellos no entendieran bien el porqué de esto) va a ser cuando una hija de una hermana de Mama Salima tuvo un hijo con “un negro”, ella nunca más le habló a su hermana. Evidentemente, cuando existe un choque entre dos sociedades, la familia se repliega sobre sí misma para proteger su identidad cultural.

En el segundo capítulo, “De un tapete persa al otro lado de la frontera sur de los Estados Unidos de Norteamérica”, los jóvenes, un poco más maduros, aprenden más de la historia de su familia. A finales del siglo XIX, Salima Shigan, recientemente casada con Rashid Shihad, veinte

años mayor que ella, llegó a la ciudad de New York. Seguramente esta migración se da en busca de mejoras económicas; inclusive los niños piensan que este era un matrimonio por conveniencia. “Sus familias los casaron porque ésa era la costumbre y si ella hubiera estado enamorada de él a lo mejor le habría hecho un retrato al óleo en el barco [...]” (1987: 62). Los matrimonios arreglados eran comunes, para la costumbre libanesa no solo incluía el arreglo de los matrimonios, sino también el matrimonio entre primos y Rashi y Salima eran primos segundos. Más adelante aprendemos que también lo eran papá y mamá².

Los narradores aprenden acerca de sus familias por partes y piezas y así lo hacen los lectores. A través de la mirada de adoración de los niños, aprendemos mucho acerca de Mamá Salima y de sus formas independientes. A diferencia de papá, quien raramente habla, no le gustaba la música y el cine y se encerraba en su cuarto cuando estaba deprimido, Mamá Salimas resultaba abierta y fuerte. De hecho, ella luce como la mujer más fuerte de la familia. No solo nunca habla de Rachid o tiene una carta o foto de él; una vez que ella se muda con su familia a Michigan, nadie de su familia visita a los dos hermanos de Rachid que viven allí.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿por qué escogió este lugar? La versión de los niños es que como su libro de cabecera era *Walden*: “Le habrá parecido que el Estado de los lagos se acercaba más a Nueva Inglaterra y el mundo de Thoreau que...Manhattan” (Jacobs, 1987: 65).

En Michigan, con lo que queda de los tapetes persas, lámparas y mesas que Rachid trajo del Líbano a objeto de abrir una tienda, ella comienza la suya propia. La continúa por un tiempo, pero la cierra mientras papá está todavía en bachillerato.

Para entonces Mamá Salima había dejado de trabajar y fueron tío Gustavo y papá los que empezaron a mantener y sostener a la familia con empleos de medio tiempo...[ella] había cerrado el negocio y se dedicaba a leer y a fumar y además escribía en el periódico en árabe sobre lo que leía y lo que pensaba y se encerraba a cocinar y a hacerse la ilusión de que vivía en una choza de madera a la orilla de un lago o salía a caminar entre las tumbas del cementerio local o tomaba su Chevrolet viejo y manejaba des-

2 Ver <http://www.everyculture.com/multi/Le-Pa/Lebanese-Americans.html>.

pacio por la carretera para ir a comprar la verdura y la fruta y la leche en una de las granjas de una de sus amigas [...]. (1987: 68).

El lector está encantado y no se detiene para reflexionar si Mamá Salima estaba actuando de forma egoísta e inconsciente, ella solo actuaba. Mamá Salima no era definitivamente un estereotipo.

Otro aspecto importante de su vida lo constituyó su “adaptabilidad” religiosa. A pesar de que era maronita, ella adoptó la religión católica, aparentemente tan pronto como ella se había adaptado a su nuevo país, siendo madre soltera y a cargo de un negocio. El simple hecho de que ella usara y recitara el rosario era característico de su adaptabilidad. Sin embargo, para sus hijos mayores esta “conversión” no siempre era buena. Ellos llagaron a temer por la vida de Mamá Salima, a pesar de que papá no se les uniría para pedirle que dejara de conducir, ya que a pesar de que ella manejaba lentamente en el carril derecho, el rosario que llevaba se caería ocasionalmente en el volante y “a veces Mama Salima chocaba pero nunca le pasó ningún accidente de veras grave” (Jacobs, 1987: 20).

Su pasión era leer y “su casa estaba llena de libros y periódicos y revistas [...]” (1987: 19). Ella era una lectora tan apasionada que cuando los clientes llegaban a la tienda estaba normalmente leyendo detrás del mostrador, no los veía o pretendía no verlos, hasta que ellos dejaban de hacer preguntas, se iban y nunca volvían. “La cosa es que poco a poco había ido perdiendo clientes hasta que mejor cerró la tienda para poder seguir leyendo en paz y solo de vez en cuando escribir algo en el periódico árabe.” (1987: 19). Ella leía árabe, francés e inglés y, particularmente, le gustaban los libros de Thoreau, Emile Zola y Gustave Flaubert, así como las biografías de Napoleón y la Emperatriz Josefina.

También es ella quien transmite tradiciones libanesas a los nietos. Cada seis meses, para encanto de los niños, viaja sola a México para visitas cortas. Una vez que ella está allá los niños disfrutaban su presencia. Aunque la familia ha continuado como unidad patriarcal (los niños, por ejemplo, han aprendido inglés porque papá sólo hablará inglés en casa), para los jóvenes las cosas parecen más relajadas cuando Mamá Salima está. Ella se encierra en la cocina para preparar festines libaneses para toda la familia. Debido a que ella canta canciones de cuna en árabe a sus hijos y

todos hablaban árabe, se supone que los nietos también entendían, al menos ellos sabían los nombres árabes para las comidas que ella hacía. En México ella “se encerraba en la cocina y hacía empanadas árabes de carne o espinas sin que nadie la vieras. En árabe se llaman *ftiri* o *ftaier*, una es singular y la otra plural” (Jacobs, 1987: 16-17).

Ella ha manejado un nuevo estilo de vida en su nuevo país, pero ha mantenido su cultura libanesa también, la cual ella transmite a su familia. Además de cocinar para su familia, Mamá Salima ama tres cosas: caminar sola en el silencio del cementerio, tomar el té a las 6 de la tarde delante la chimenea, hablando en árabe con la mamá de mamá, su segunda prima y en tercer lugar, como mencionamos anteriormente, leer por horas. “A veces la veíamos la vista algo perdida encima del libro pero sería porque lo leía la haría pensar en algo o algo así” (1987: 17). Cuando la familia sabe de su muerte muchos años más tarde, el efecto es tremendo sobre papá y marca el inicio de su retirada; a partir de este momento vivirá más aislado que nunca. Simbólicamente, todo lo que papá pide son sus libros, los cuales sus hermanos no le dejarán traer porque nunca le han perdonado el que él haya partido hacia México.

A diferencia de Mamá Salimas, la mamá de los niños, la “mamá” de la novela, parece muy tímida, muy convencional y conservadora a primera vista. Ella es de padres libaneses pero ha sido criada en México y es, entonces, el producto de dos sociedades patriarcales, lo cual es evidente en su comportamiento. Después de todo, es solamente en los últimos decenios que la vida de las mujeres ha cambiado, que la edad para contraer matrimonio aumentó, que la cantidad de hijos y el tiempo dedicado a su crianza han disminuido y que su situación política, social y económico ha mejorado³. Mamá parece ser una mujer clásica de los años 40-50.

Ella había tenido un matrimonio arreglado pero diferente al de Mamá Salimas y Rachid. Ella conoce a su futuro esposo “accidentalmente a propósito”. En 1939 ella viaja a New York con su mamá, a conocer y visitar a papá, que era “su primo segundo y sobrino segundo de abuelita, la mamá de mamá”. Durante la escala, y antes de la reunión en la Feria Mundial, ella y su mamá están en la casa de Mamá Salima, mamá ve una

3 Ver (www.conapo.gob.mx/prensa/2004/14_boletin20004/htm)

fotografía de papá y se enamora. Entonces fue necesario visitar el Pabellón de Líbano en New York, donde estaba trabajando papá “[...] y los dos se enamoran aunque mamá de hecho ya esta enamorada pues se había enamorado de papá antes de conocerlo cuando lo vio en una fotografía sin barba y pensó Es él.” (Jacobs, 1987: 103).

Siguiendo las tradiciones libanesas, los dos, quienes se habían enamorado y se habían comprometido, pueden escribirse y ocasionalmente encontrarse durante los próximos dos años, pero las visitas de mamá a su prometido quien está ahora en Michigan, son estrictamente acompañadas tanto por la mama de mamá como por Mamá Salimas. Bastante sorprendente, al menos para el compromiso tradicional, ellos rompen con la convención cuando mamá acepta el plan de papá y se casan en secreto en una ceremonia civil, porque papá, ahora un soldado en el Ejército de los Estados Unidos, dijo que fue la única manera de tener permiso del Ejército para casarse con ella en México. De acuerdo con el plan, papá, cuyo pasaporte había sido retenido por los Estados Unidos debido a sus tendencias izquierdistas y a su estadía en la URSS, obtuvo un permiso temporal de seis días y se casaron en México dos veces el mismo día, tanto por el civil como por la Iglesia. Esto es ciertamente un matrimonio y un comienzo no convencional para una mujer joven, mexicana y convencional.

Papá está ahora en el ejército de los Estados Unidos y, después de su luna de miel en Cuernavaca, es enviado a una base en Oklahoma y él y mamá forman un hogar. Bastante curioso, aprendemos que ella no tenía idea de cómo cocinar, quizás porque su familia había tenido suficientes medios para contratar ayuda doméstica. Es papá quien la enseña a preparar tocineta con huevos, su comida cotidiana durante dos meses. Afortunadamente, ella adquiere suficiente confianza en sí misma para preguntar a los empleados en los supermercados qué eran ciertos productos y cómo prepararlos. Eventualmente, ella adquiere una colección de libros de cocina, a pesar de que los pocos que ella tiene, a diferencia de los libros que pertenecen a papá y Mamá Salima, no tienen etiquetas especiales “con un grabado y el nombre de papá y el de mamá aun que mamá no los leyera [...]” (Jacobs, 1987: 44).

Durante los dos años que papá estuvo en Oklahoma, mamá aprendió no solamente a cocinar sino que se dedicó a reproducir de memo-

ria, aun sin una foto, el retrato de papá en un pintura de óleo. Los niños hacen mucho caso a este fenómeno. “Un óleo hecho de memoria de tan enamorada que estaba de él” (1987: 109). Lo que es muy significativo es que el lector nunca sabe si mamá había alguna vez pintado antes o si tenía algún talento. Así era la condición de las mujeres libanesas o méxico-libanesas, que estaban animadas en sus actividades domésticas pero, aparentemente, no en sus actividades artísticas. Significativamente, nunca, en todo el libro, se oye un comentario sobre la calidad de su retrato por parte de ningún miembro de la familia. Una vez de vuelta en México, nunca más pinta, como si esto hubiese sido demasiado osado, demasiado fuera de lo típico, demasiado “no libanés-mexicano” para la época.

Cuando finalmente la familia se asienta en México, el retrato está colgado sobre la cama matrimonial, del lado de mama y es un recordatorio constante para todos ellos de cómo lucía papá. “El retrato había estado ahí y era de papá y sin embargo nosotros a papá apenas poco a poco lo íbamos conociendo aunque conocíamos de memoria su retrato y hasta lo soñaríamos” (1987: 39). El retrato también es el símbolo del amor de mamá por papá, ya que los sigue a donde quiera que vayan. Sin embargo, en un curioso pasaje cerca del final del libro, cuando papá ya tiene alrededor de 70 años, los narradores casualmente mencionan que la pintura no estaba ya colgada sobre la cama. En vez de interpretar esto como un símbolo de un matrimonio tambaleante, parece un anuncio de la separación inmediata de la pareja, en tanto papá se vuelve más y más víctima de una extrema y final depresión fatal.

Una vez de vuelta en México, mamá se readapta aparentemente como una mujer joven libanesa mexicana casada. El hotel de Papá, el Edgar Allan Poe, iba bien, además tenían un Cadillac. Él era, sin duda alguna, símbolo de éxito financiero, y mamá, a diferencia de otras mujeres de ascendencia libanesa, no tenía que trabajar fuera del hogar. Ella tiene ayuda doméstica pero se asegura de que se conserven las tradiciones culinarias libanesas, porque la comida es uno de los rasgos culturales más importantes para los libaneses⁴.

4 Ver (<http://ellibano.com.ar>).

Cuando papá tiene que renovar sus papeles y la familia va a la frontera, mamá siempre prepara la primera comida para comer durante el viaje. A mitad del viaje la familia toma comida de camino, el “zwedi”. Ella cocina las galletas de almendras a menudo, “[...] siempre estaba haciendo galletas porque a papá le encantaban, a mamá le encantaba que papá estuviera siempre contento y que no se enojara”. Mucho más tarde, cuando papá sale temporalmente de su depresión con la llegada de un Señor Del Río “[...] poco a poco la sombra que cubría la casa ya la expresión de papá volvió a levantarse y mamá volvió a sonreír y a hacer galletas de almendras...” (Jacob, 1987: 29 y 124).

Al parecer, los niños confundieron su flexibilidad con debilidad “[...] el carácter de mamá era débil o frágil o inestable o volátil es decir mutable, inconstante [...]” (1987: 45-46). Sin embargo, fue la manera que encontró mamá para manejar a un esposo de carácter difícil, que cambiaba constantemente de humor, se mostraba deprimido, amargado y que siempre tenía la última palabra. Visto que papá era tan obstinado, tan seguro de sí mismo, ella tenía que ser flexible. Durante uno de los viajes de la pareja a Europa, por ejemplo, mamá ve a Greta Garbo en un café en Roma; papá no le creerá y a pesar de que otros turistas que se sentaron en el café le aseguraron que de verdad era Greta Garbo, papá dice: “No puede ser” y así termina la discusión. (1987: 52).

Sirve a añadir aquí que visto que los narradores son los niños, no sorprende que nunca aprendamos los apellidos de sus padres. Suficientemente significativo, sin embargo a Papá se le hace referencia con frecuencia con una “P” mayúscula mientras que mamá siempre aparece en “m” minúscula. Sin embargo, mayúscula o minúscula, mamá no carece de importancia, ni es tan débil en realidad. Ella puede ser el producto de dos sociedades patriarcales; esto con frecuencia es evidente en su comportamiento, pero ella es la columna vertebral psicológica, si no económica, de su familia, tal y como es Mamá Salimas en Michigan.

Es mamá la más afectada por los humores de papa que con frecuencia fluctúan a la par de su situación financiera, especialmente después de que vende el hotel y se embarca en negocios pequeños, de corta duración. En la segunda parte del libro, es mamá quien le dice a los niños, poco a poco, acerca del pasado de papa, o tanto como ella considera adecuado decirles.

[m]amá, con minúscula, parece ser un ama de casa estereotípica, tradicional y moderada. Sin embargo, ella es en realidad la pega que sostiene lo que de otro modo pudiera convertirse en una familia disfuncional con un padre que, a pesar de ser un padre y esposo cariñoso, nunca parece comunicarse con su familia sino que prefiere, literalmente, encerrarse en su cuarto a leer, y a veces, encontrarse con un amigo.

Es mamá la que está a cargo de la casa, de hacer malabarismos con el dinero que papá da a chorros, escondiendo el hecho de que a veces escasamente hay suficiente dinero para comprar comida y de seguir la educación de los niños que papá ha organizado. Esto no es extraño para la familia libanesa tradicionalmente patriarcal, en la que se da por sentado que las mujeres tienen a cargo el hogar, los niños y el esposo, brindando así estabilidad familiar. Las decisiones de Papá eran definitivas: por ejemplo, él insiste en hablar solo inglés en la casa y enviar a los varones a estudiar en un colegio americano, mientras que las hembras estudian en una escuela francesa que también da clases en inglés.

Es mamá quien tiene que apoyar las alzas y bajas de papá. Como los niños dicen “casi nunca se enojaba papá, solo cuando mamá se tardaba en salir de la casa para irnos de viaje, porque a él le gustaba mucho manejar y ya quería irse cuanto antes”. Por cierto, mamá tardaba porque estaba “en la cocina preparando la canasta de comida o diciéndole a la cocinera y a la camarera y a todo el mundo cosas como qué hacer cada día mientras estuviéramos de viaje” (Jacobs, 1987: 23). Sus galletas de almendras son chupones y los niños saben que las cosas van lentamente cuando las hornea y las sirve.

[...] papá tenía lo que se llama el carácter firme y en cambio mamá no tanto. Nosotros sabíamos que si a papá le gustaban las galletas de almendra, le gustaban, pero ignorábamos con qué iba a salir mamá ante algo que le hubiera gustado una vez: era capaz de que esta vez no le gustara, uno nunca sabía [...] (Jacobs, 1987: 45).

La aparente docilidad de Mamá es en realidad un símbolo de su paciencia, su modo de adaptarse constantemente a los humores y deseos de papá. Solo una vez pareció perder los estribos. Como mamá le tenía miedo a los aviones, Papá viajaba solo. Cuando regresaba de sus viajes misterio-

sos, parecía tener más conocimiento acerca de las tallas de las mujeres y sus gustos. Pronto mamá se dio cuenta de lo que pasaba, inclusive sabía de la amante que vivía en New York y que lo llamaba cada 31 de diciembre; no obstante, trataba de esconder su desconfianza diplomáticamente manteniéndose tranquila, hasta que una vez.

[m]amá le arrebató el libro de las manos a papá en la cama mientras él leía y lo arrojó con toda su fuerza y los dientes apretados contra la pared para que papá dejara de leer y le hiciera caso a ella ahí a su lado y papá no dejaba de reír y se levantó de bata bien cerrada a recoger su libro y encontró la página él la que iba y siguió leyendo aunque temblara un poco de risa pero como si nada. (Jacobs, 1987: 43)

El tercer y último capítulo del libro se titula “La cita y el Puente”. Este comienza con una llamada telefónica de la Tía Lou-ma y Tío Gustav, quienes informan sobre la muerte de Mamá Salima, cuya salud había estado decayendo. Papá se va solo al funeral y permanece solo dos días. Cuando regresa, él también, comienza a declinar. Está entristecido porque sus hermanos no quisieron darle los libros aunque eran las únicas cosas que el pidió. La muerte de su hermano mayor Gustav es el último paso en el descenso de papá a la soledad y la última batalla de mamá para animarlo.

Ahora los niños son adultos y menos ingeniosos y finalmente reconocen que mamá tiene que conllevar la depresión y soledad de papá. Papá y mamá se mudaron a la casa de los padres de mamá, a pesar de que ellos no entendieron el porqué. Ahora mamá tiene una o más cargas y tiene que reajustarse de nuevo al nuevo entorno. Ellos dejan muchas de sus posesiones en la antigua casa y viajan entre dos casas, y una vez más tienen que adaptarse a nuevas situaciones: “[...] papá y mamá se fueron acomodados en la otra casa y mamá iba y venía y la hacia también su casa pero papá no, porque él se fue quedando en su cuarto y no salía de su cuarto y su cuarto era prácticamente toda su casa” (Jacobs, 1987: 128).

Durante esta última etapa de la batalla de mamá, los jóvenes admiten que “Durante todo este tiempo la más preocupada ha sido mamá y la vemos planear cosas que entretengan a papá porque a él no le gustan porque lo que él quiere de veras es leer en paz [...]”. Preocupada, ella encuen-

tra diligencias para que él: responde cartas que sus viejos amigos han escrito, intenta interesarlo en el ejercicio e incluso trata de relanzar su viejo grupo de bridge “pero ha encontrado que la mayoría de los miembros [...] o han muerto o se han ido o, igual que papá [...] lo que quieren es estar en paz” (1987: 133). Mamá llama a sus amigas y, en árabe, francés y español les confía sus preocupaciones sobre papá. En una escena conmovedora y quizá la única en la que ella sucumbe a la tristeza: “[...] le preguntó arrodillada a sus pies y abrazándole las piernas...Qué te pasa, mientras lo miraba y trataba de tranquilizarse [...]” (1987: 135).

Un tercer y corto ejemplo de una segunda generación libano-mexicana aculturizada es Sara, la hermana de mamá quien colecciona “cosas delicadas de porcelana y antiguas libanesas porque ella sí era paisana” (1987: 36) y, a pesar de que los lectores nunca conocimos cuánta educación tenía, sabemos que es traductora de novelas de intriga. Aunque la autora le dedica muy pocas páginas, nos damos cuenta que ella no es como mamá: ella es muy independiente, divorciada, tiene su falda estrecha negra y con un toque de ironía, los niños inocentes explican que

[...] según mamá siempre estaba diciendo y porque la tía Sara había tenido que pasar calores insoportable en una época de su vida en que había tenido que vivir en el sur del país y desde entonces...no usaba ropa interior. Pero no se le veía nada.

Sara nos parece independiente, probablemente más educada, tiene un trabajo intelectual y, como Mamá Salima, vive sola y parece contenta. (Jacobs, 1987: 35)

Para finalizar, podemos decir no existe una búsqueda manifiesta de “identidad” en ninguno de los personajes femeninos trabajados. En otras palabras, no se presenta un conflicto de identidad, pues nunca dejaron de considerarse “libanesas”.

Mamá Salimas no dijo conscientemente su necesidad de adaptarse a su nueva existencia, sea como madre soltera o casada, en los Estados Unidos o en México, maronita o católica. Nunca perdió su identidad libanesa y la pasó a sus hijos y familia extendida. Por su parte, mamá, más conservadora, preserva su identidad libanesa en México lo que, a pesar de que cambia lentamente desde los 70, pone de manifiesto que todavía es una

sociedad patriarcal. Además, tiene un esposo escogido y asignado para ella, pero es lo suficientemente afortunada para enamorarse de él, incluso antes de conocerlo. El retrato que ella pinta se menciona dos veces; es el único que ella alguna vez pintara y ninguna vez se menciona su interés o habilidad en la pintura. Su expresión creativa obviamente ni siquiera iba a ser considerada una vez de vuelta en México, donde su papel era el de hija, esposa y madre. Su creatividad se desvía en hacer galletas de almendra para papá y sus amigos.

A diferencia de una autora como Poniatowska, Jacobs no nos permite ver dentro de sus personajes: no existe una introspección manifiesta de parte de los personajes femeninos. La única vez que observamos cualquier introspección de parte de *ma* es en una escena conmovedora que los niños oyen por casualidad, cuando *papá* dice que ha sido un mal padre porque él nunca había conocido a su padre y *mamá* dice que debió haber sido una mala madre porque “todos habíamos ido saliendo a él y no a ella y que ella tampoco sabía entonces ser buena madre [...]” (Jacobs, 1987: 40).

Sus lectores saben que es muy diferente.

Bibliografía

- Abinader, Elma (1991). *Children of the roojme: a family's journey from Lebanon*. Wisconsin: University of Wisconsin Press
- Alfaro-Velcamp, Theresa (2006). “Reelizing’ Arab and Jewish Ethnicity in Mexican Film”. *The Americanas* 63:3 October: 261-280
- Jacobs, Bárbara (1987). *Las hojas muertas*. México: D.R. Suma de Letras S.A.
- Shakir, Evelyn. (1997). *Blint Arab: Arab and Arab American Women in the United States*. Westport: Praeger

Consultas Internet

- A.K. bin Abdullah and Barbara Jacobs Interview (2006). Archive-University of Iowa “The Virtual Writing University”. Visita junio de 2007.

- Comida libanesa. <http://www.ellibano.com.ar>. Visita marzo de 2007
- Lebanese in America-History. www.everyculture.com/multi/Le-Pa/Lebanese-Americans.html. Visita mayo de 2007
- Lebanese In South Carolina. www.saintrafika.net/LebaneseHistorySC.html. Visita noviembre de 2006.
- Barbara Jacobs. "Sin humor, la literatura no sabe a nada" Recuperado el 19 de noviembre de 2006 www.abc.es/cultural.com
- Mujeres mexicanas. www.conapo.gob.mx/prensa/2004/14_boletin2004/htm. Visita enero de 2007.